

llando una situación cotidiana con valor de itinerario, de despliegue dramático, abre el poema en varias direcciones, a la vez, sin perder, por otra parte, el núcleo de crítica y de explosión antirretórica. En verdad, tendríamos que citar todo el poema, pero dejamos esto al lector. En todo caso, se impone una comparación entre «Un día nacional» y cualquiera de las otras piezas mencionadas arriba, de lo que saldría una conclusión inevitable: la necesidad de continuar trabajando esta poética en un sentido de mayor integración de elementos. Si no, el poema arriesga quedarse a un nivel demasiado pobre, en que los contenidos ideológicos previos no son elevados por el conjunto del texto a una significación mayor. Si se quiere, los pocos recursos, el proyecto limitado de estos poemas-carteles —salvando «De la unión...» y «Un día...»— lograría justificación precisamente en el cartel, en el afiche pegado a un muro, o también en la recitación pública, el lugar de arengas, soltando una carga subversiva popular que la edición literaria le niega —y negado a su vez lo literario por el poema—. Señalemos finalmente que hay en algunas piezas una integración frustrada de otros elementos, acaso por ser demasiado tímida: «Simulación de aterrizaje» y «Palabras, sí, solamente»; esto indicaría que, desde luego, la simple integración no es remedio infalible, e invitaría a consideraciones de estructura.

Cuando el verso no está apuntalado por los lemas a criticar, la tensión decae visiblemente. Así, piezas como «Los afiches de mayo», «Retiro», «Cabimas bajo control» y alguna más, quedan como demasiado pálidas, faltando el catalizador usado anteriormente. Con esto, vuelve a notarse que Elena Hochman ha descansado excesivamente sobre la utilización de los lemas, y se hace más urgente la necesidad de mayor elaboración creadora. Nos permitimos apuntar la cotidianeidad como base de una crítica que, como en el caso de *Gran tiempo*, es dicha por el poeta, pero no mostrada por una situación, un trozo de vida. El ejemplo de «Los asesinos de estudiantes» puede servirnos; en él, la caracterización del viernes santo burgués no vale por sí misma, y la denuncia tiene que recurrir casi exclusivamente a la explicitación acusatoria de la autora. En «Cabimas...», lo único que resalta de todo el poema son tres versos de descripción: «arma larga que se extiende / hasta el muslo / en horas del mediodía», es decir, un dato cotidiano que, debidamente transpuesto, se hace significativo. Quedarían dos poemas de cierto lirismo, pero cuyo efecto queda desdibujado: «Comunicado», que nos remitiría a la Mary Sananes de *Tiempo de guerra*, y «Signos vitales de humocar», un bello poema en conjunto, pero que nos interesa sobre todo como muestra de que Elena Hochman puede, puesta a ello, trabajar varios registros en su poesía. En general, pensamos que *Pre-*

*caria calma* no es, no debe tomarse más que como un inicio, que pide desde dentro un planteamiento mucho más ambicioso y unos desarrollos en múltiples direcciones. Entonces recibiremos —y recibirá su autora— los frutos de una poética.

*Carteles de San Fusil y Píndaro* es el libro que menos nos interesa de los tres. Si en *Gran tiempo* y *Precaria calma* se hacían, con resultados limitados, proposiciones nuevas, en *Carteles...* se asiste a una poesía social de corte —o cortes— tradicional(es). Estamos frente a algo que podría ser *beatnik* pero no lo es, que sale de Brecht pero no llega a tanto, que tendería hacia la poesía concreta pero sin darse cuenta, y así. En realidad, en *Carteles...* se nota la poetización de generalidades, el disfraz literario de contenidos que están ahí como cosa muerta, no como principio dinámico. El poema se mantiene a un nivel de constatación banal ironizada, pero cuya información no nos interesa por sabida, y su ironía no alcanza la potencia que transformaría el lenguaje en creación autónoma. Ni la serenidad de doble fondo de piezas como «Ven», «Píndaro» I y II, «Las botas y el cielo», «Naturaleza viva», etc., ni la belicosidad directa de «OP. Ruda Mezones», «Ante el emperador», «Primero de mayo», «Estética» y otras, ni las letrillas burlonas tipo «Calderianas», «Transubstanciación», «Egloga» y varias más nos interesan, por no citar más que tres variantes. Aquí, sin otras excusas, habría que hablar de mala poesía, de proyectos frustrados más o menos radicalmente. Angel Pasos no nos plantea redefiniciones de la poesía como tal, invasión de zonas no aprovechadas antes por la poesía o consideraciones por el estilo: la improvisación no se convierte automáticamente en antipoesía ni el descuido en invento. Para colmo, estos *Carteles...* denuncian una pretenciosidad mal recatada, que hace trampa ingenuamente: traer a Espartaco, Aquiles, Parménides, Ovidio y otras glorias resultaría mecanismo prestigioso de torpe uso. La simbología culterana, las citas literarias, las referencias históricas que quisiera imponer Pasos no funcionan en contextos que, en vez de respaldarlas, las pierden y se pierden a su vez. Véanse los finales de cada poema, citas en francés de Perse, Prévert y Kauffman, cuyo contraste con lo que antecede es definitivo, además de que la estructura de los textos no les da cabida, y todo queda como desplante.

Quisiéramos señalar igualmente los mesianismos de *Carteles...*, esas frases de gran tono que sitúan la revolución a la vuelta de la esquina, esas visiones de un proletariado que parece estar ya en armas —se habla de Venezuela, no de Vietnam, Cuba o algo así—, o esas «Muchachas tras las rejas», que: «Muy alto, de los ojos de las muchachas / la firmeza esplende la más inmarcesible flor / y en sus rostros luminosos tras las rejas / los proletarios descubren las nuevas dimensiones / del cielo, del

pan cotidiano y el amor.» Por favor, esto puede sonar bien, como la machaconería de decir proletarios a cada momento, pero la cosa no va por ahí. Construir un retablo mesiánico no vale, ni en poesía ni en política, y es por ello que ni por la una ni por la otra se salva el libro.

Francamente, no quisiéramos detenernos más tiempo en *Carteles de San Fusil y Píndaro*, a riesgo de ser llamados carniceros de la crítica. Lo que se impone es recomendar a Angel Pasos un estudio detenido de otras poéticas que han realizado exitosas muestras de poesía comprometida—y ahora sin comillas: comprometidas con la poesía, con la autenticidad de los autores, y con una historia que, si es social, económica y política, es también cultural—, algunas de las cuales ya parecen esbozarse en la obra de este autor, como la ya señalada *beatnik* y en general cierta poesía norteamericana e inglesa reciente, Brecht desde luego, algo de los concretos brasileños—Decio Pignateri a la cabeza—, y suficientes escritores latinoamericanos que, sin aflojar el pulso de la realidad, han dado y dan ejemplo de responsabilidad poética. En todo caso, pensamos que si hay una poesía genérica difícil de realizar a plenitud; tal es la poesía social; y su creación no debe tomarse a la ligera, un poco creyendo que el alegato, el panfleto, la consigna pueden sustituir al lenguaje literario—*JULIO E. MIRANDA (21, rue de l'Eguité, 1090 BRUSSELES)*.

CLARA E. LIDA e IRIS M. ZAVALA: *La revolución de 1868 (Historia, Pensamiento y Literatura)*. Las Américas Publishing Company. New York.

El intento de Clara E. Lida e Iris M. Zavala de reunir en un vasto volumen un conjunto de estudios sobre la revolución de 1868 no es insistencia sobre un tema, sino continuación y aporte a una etapa de la historia de España, que en los últimos años está siendo objeto de numerosos trabajos en medio de ese mar sin fondo, por desconocido, del diecinueve español. La *Gloriosa* o la *Septembrina*, ignorada y con frecuencia silenciada, se nos presenta actualmente con un atractivo especial, porque nos es necesario conocer de la manera más completa y acabada uno de los momentos cruciales de nuestra historia contemporánea. Se ha trabajado bastante en este período, pero no cabe duda que todavía son muchos los aspectos a analizar para obtener una visión lo más lograda posible de la que tuvo que haber sido la revolución burguesa española.

Las autoras de este trabajo de conjunto—entre los que se encuentran algunos personales—, conscientes de la complejidad del problema, han visto cómo acertadamente apuntan en las primeras páginas del libro que «no bastaba sólo el análisis político, sino que había que agregar el social y económico, sin olvidar tampoco el mundo americano—Cuba, Puerto Rico—. Y que a esto había que añadir otras facetas: «el impacto de la revolución en el pensamiento peninsular, así como en la literatura de la época y en artistas posteriores».

El cometido, un tanto utópico, de ofrecer un trabajo en equipo ha tenido como resultado la presentación de este libro con tres grandes apartados:

Historia, Pensamiento y Literatura, completados con un apéndice documental de no poco interés.

Analizar cada uno de los trabajos reunidos en el libro no tendría sentido, pues algunos de ellos, de escaso valor, sólo merecen la pena como aportación al trabajo de equipo; otros ya publicados y en algunos casos ampliados por posteriores investigaciones de sus autores, destacan aquí en cuanto que forman parte de un conjunto que quiere investigar los diversos aspectos de una revolución. El atractivo del libro radica precisamente en la cómoda oportunidad de leer en un mismo volumen esos diversos aspectos de la problemática que gira en torno a 1868 y la posibilidad de comparar, sin necesidad de acudir a varios libros, las tesis de algunos estudiosos que dedican su trabajo de investigación al fenómeno revolucionario de 1868. Lo positivo del libro es la colaboración, útil y ventajosa particularmente para un público hispanófilo que se inicia con su lectura en el conocimiento de un período de la historia de España.

En el apartado Historia cabe destacar, siguiendo el orden de aparición, el estudio de Carlos Seco «La toma de conciencia de la clase obrera y los partidos políticos de la era isabelina», en el que con indudable acierto analiza el falso espejismo social del progresismo, así como el espejismo democrático entre dos revoluciones: 1854 y 1868, afirmando que «la revolución de 1868», culminación de todo el ciclo revolucionario burgués, no pasó de ser la última prueba, al cabo de una serie de pruebas decepcionantes, para el *elemento popular*, embarcado hasta entonces una y otra vez *en una* nave política que no era la suya. El sector obrero, desde 1868, por su aceptación del bakuninismo y por la ley de 25 de octubre del mismo año, que permitía la libre asociación, abandona en masa los partidos burgueses, agrupándose en la Federación Regional Española de la Primera Internacional y adoptando una actitud apolítica que muy pronto crearía divisiones en el seno de la Federación.